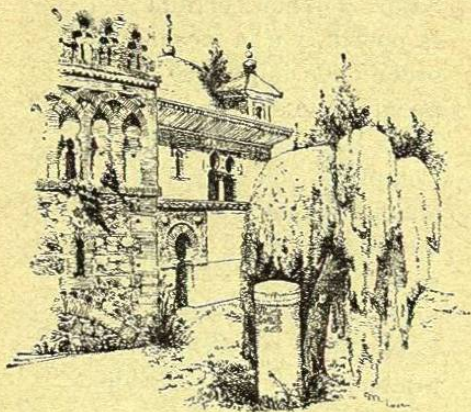


Mudo silencio y tristura
 en las gentes del castillo
 extendió la noche obscura,
 mientras tomaba el caudillo
 su caballo y armadura.
 Partió sin más compañía
 y á la luz del nuevo día
 vió, desde un monte cercano,
 que ya á Toledo ceñía
 el ejército cristiano.
 Falto de seso y cordura
 entrar quiso por la fuerte
 línea, y halló en su locura,
 en una lanza la muerte
 y en el Tajo sepultura (2).



La Torre de la Malmuerta

I

Hay en Córdoba una torre
 llamada de la Malmuerta
 cuyo origen se remonta
 á cinco siglos de fecha,

y á la cual dieron el nombre
 que, como entonces, hoy lleva
 en memoria de un suceso
 que á la gente cordobesa
 llenó de espanto y de luto
 según las crónicas caentan.
 Reinaba el tercer Enrique
 en Castilla, y por su Alteza
 la noble ciudad regia
 un Conde de edad propecta,
 cuyo escudo, no heredado,
 con tenantes y cimaras
 de su dueño pregonaba
 el valor y las proezas.
 Jugó al veterano Conde
 el ciego amor mala treta
 y locamente prendado
 de Doña Clara de Herrera,
 joven que si cumplió quince
 los veinte mayos no cuenta,
 casó con ella, olvidando
 aquel adagio que enseña
 que unión de viejo y de niña
 graves peligros encierra.
 Era la joven esposa
 tan recatada y honesta
 que nunca halló la malicia
 punto vulnerable en ella.
 Mas, como á un viejo marido
 bastan sus propias flaquezas
 para ver en todas partes
 celos, dudas y sospechas,

fueron en el matrimonio
 las dichas tan pasajeras,
 que si el alba las vió vivas
 la noche las lloró muertas.

II

Marchitas las rosas
 del semblante bello,
 rojas las pupilas
 del llorar sin cuento,
 perdonando ofensas
 que injustas la hirieron,
 la infeliz esposa,
 con amante empeño,
 le juraba al Conde,
 una vez y ciento,
 que nunca turbaron
 su tranquilo pecho
 sombras ni fantasmas
 de impuros deseos.
 Sus frases sencillas,
 su rostro sereno
 do el candor rielaba
 como en limpio espejo,
 su voz persuasiva,
 su dolor intenso,
 eran para el alma

de su ingrato dueño
 disimulos torpes
 de pecados ciertos.
 Y el tiempo pasaba
 con rápido vuelo,
 y aquellos deslices,
 jamás descubiertos,
 tan hondo turbaron
 del Conde el cerebro,
 que, el freno perdido
 de humanos respetos,
 tan sólo anhelaba
 sacar del misterio
 la oculta, hasta entonces,
 razón de sus celos.
 Llegó á su noticia
 que al cabo del pueblo
 en calle apartada
 de misero aspecto,
 moraba una vieja
 que en artes secretos
 trataba, encontrando,
 con mágico acierto,
 la clave escondida
 de ocultos sucesos.
 Envuelto en su capa,
 calado el sombrero,
 cuando ya tendía
 sus crespones negros
 la callada noche,
 penetró en silencio
 por el paso obscuro

de un portal estrecho
 solitario el Conde:
 se acercó resuelto
 á una angosta puerta,
 llamó y desde dentro
 —¿quién es? preguntaron.
 —Soy un caballero
 que hablaros pretende,
 dijo aquél, y luego
 por la entrada lóbrega
 del postigo abierto
 penetró en la estancia;
 cerraron de nuevo,
 y en silencio triste
 se quedó desierto
 el recinto obscuro
 del portal estrecho.

III

Conducido el Conde
 por la mano de negra criada,
 cuyo cano y motoso cabello
 de sus años la suma delata,
 llegó hasta una puerta
 á través de la cual se escapaba,
 con tenues reflejos,

acre tufo de cera quemada.

—Entrad, dijo aquélla,

y esperad, que vendrá sin tardanza
mi dueña y señora.—

Y alejóse, dejando cerrada
la puerta, y el Conde

se halló en una estancia

de muros enanos,

de bóveda chata,

revestida de negras bayetas

y en ellas pintadas

toscamente, de negro y pajizo,

calaveras y tibias humanas,

signos misteriosos,

animales de formas extrañas,

inmundos reptiles,

de beleño simbólicas plantas,

y trepando, sutil y asquerosa,

por do quiera, la vil salamandra.

Cuatro velas de cera amarilla,

humeando y ardiendo rehacias,

la estancia medrosa

entre luz y tinieblas dejaban.

Valiente era el Conde,

mas, sintió, con visión tan ingrata,

vacilar, de estupor, un instante,

el sereno valor de su alma.

Repuesto ya y solo,

sin temor á pueriles patrañas,

fué leyendo los rótulos breves

de redomas, y frascos, y cajas

que, en orden perfecto,

de paredes y techos colgaban.

Espinas de erizo,

de la hiena feroz las entrañas,

viboreznos de chatas cabezas,

de la arpía la lengua y las alas,

ceniza del fénix,

de la nutria los pies y la grasa,

del caimán los sesos,

del tejón la garra,

del mortal basilisco la cola,

de la sierpe cabeza y escamas,

veneno de áspid

que súbito mata,

del lince los ojos,

del ciervo la taba,

del ahorcado la soga y las uñas,

la piedra que guardan

en su nido las águilas negras

y del perro rabioso la baba.

Opio, belladona,

beleño, mostaza,

ruda, adormideras,

mandrágora, salvia,

belesa, cicuta,

marrubios, algalia,

hierba mora, romero, melisa,

cebolla albarrana,

con mil untos y filtros dispuestos

por el arte y saber de la maga.

De improviso aquélla,

cual si oculto poder la evocara,

se presenta al Conde

que paróse, suspenso, á mirarla.
 Era una morisca
 de cetrino color, y en su cara
 las huellas del tiempo
 muy visible dejaron su marca.
 Túnica amarilla
 con simbólicas letras bordadas,
 al talle sujeta
 por cintillo que sedas esmaltan,
 de mangas perdidas
 y arrastrando la cola, no escasa,
 con negra coroza
 que el nevado cabello ajustaba,
 tal era su traje;
 y en la mano varilla de plata,
 talismán de secretas virtudes,
 á un anillo con arte engarzada.
 Sentóse en un tripode,
 murmuró misteriosas palabras
 y, hablad, dijo al Conde,
 la sibila propicia os aguarda.

IV

Se acercó el Conde altanero
 la mano puesta en la daga
 y, —sabed, dijo á la maga,
 lo que busco y lo que quiero.

Yo aquí buscando he venido
 la verdad de cierto arcano,
 si la descubre esa mano
 sabré ser agradecido.
 Oro os daré á manos llenas;
 mas, si llegáis á engañarme,
 no ha de bastar á pagarme
 la sangre de vuestras venas.
 Casé con joven señora
 y desde aquel mismo instante
 sólo he visto en su semblante
 huellas de que sufre y llora.
 Aunque dice que me ama
 con mucha duda lo creo;
 que no es feliz, bien lo veo
 por el llanto que derrama.
 Pero, me falta saber,
 y en eso estriba mi empeño,
 si tiene más grato dueño,
 que, al fin, mi esposa, es mujer.
 Decidme, pues, la verdad,
 que, feliz ó desdichado,
 quiero salir de este estado
 de dudas y de ansiedad.—
 Tomó un tazón la hechicera
 lleno de un líquido rojo
 en que nadaba á su antojo
 una astilla de madera.
 Luego, una vela amarilla
 de las que estaban ardiendo,
 entregó al Conde, diciendo:
 —Echad gotas en la astilla.

Y si llegáis á contar
 el número que imagino
 cuando en este pergamino
 yo un signo llegue á trazar,
 será favorable indicio,
 y así, contad con cuidado.—
 Mas, no bien hubo acabado
 la pitonisa su oficio
 cuando contó treinta y tres:
 —Basta, dijo la hechicera;
 propicio sobremanera
 el oráculo nos es.
 Sentáos junto á esta mesa
 de este espejo cara á cara
 y en él, de manera clara,
 veréis cuanto os interesa.
 Bebed este filtro ahora,
 y á su mágico poder,
 sabréis si vuestra mujer
 os engaña ú os adora.

V

Sentóse el Conde, y luego que el filtro hubo bebido
 fijó en aquel espejo mirada y corazón;
 allá, en su limpio fondo se vió reproducido,
 sin que otra cosa alguna llamara su atención.

Poco á poco sus miembros en laxitud creciente
 perdieron la energía de su calor vital;
 sopor irresistible cayó sobre su frente,
 latiendo sus arterias con ritmo desigual.
 Sus ojos dilatados inmóviles seguían
 clavados en la luna de aquel espejo infiel;
 objetos, luz y sombra reunidos confundían;
 todo pasaba ante ellos confuso y en tropel.
 Luego, en tranquila calma, como cadáver yerto,
 en lánguido colapso todo su ser quedó,
 en tanto que en su mente juzgaba ver despierto
 que el fondo del espejo más claro se mostró.
 Y vió una rica sala cuyos objetos varios
 puertas y colgaduras creyó reconocer,
 y cifras enlazadas en sillas y en armarios
 donde su propio nombre pudiérase leer.
 Y una mujer hermosa también aparecía
 en lánguido abandono cabe gentil galán;
 mentidas ilusiones que el filtro producía
 en el tenaz delirio de su celoso afán.
 Y el Conde estremecido reconoció en la bella
 que así le traicionaba la esposa á quien amó,
 y en el apuesto joven que allí estaba con ella
 algún rostro, no extraño, que en otra parte vió.
 Tremenda sacudida sus nervios dispararon
 ya libres del efecto de aquel filtro ruin,
 sus miembros lentamente la vida recobraron
 y á su normal estado miróse vuelto al fin.
 Todo cuanto en el sueño, por su desdicha viera,
 lo reputó por cierto, rugiendo de dolor;
 un repleto bolsillo dejóle á la hechicera,
 corriendo á su morada cual ángel vengador.

Subió loco á la estancia de la infeliz Condesa
 que aún le esperaba, sola, rezando en un sitio;
 rezo que ahogó en sus labios la criminal sorpresa
 garganta y pecho heridos del rápido puñal.
 Pronto sembró el espanto el crimen inaudito
 que fué de boca en boca corriendo la ciudad;
 prendieron luego al Conde por tan atroz delito
 pidiendo al Rey castigo sin tregua ni piedad.
 El pueblo todo quiso rendir de amor tributo
 á la infeliz esposa que al seno de Dios fué,
 y nobles y plebeyos vistiéronse de luto
 hasta que sobre el crimen el Rey su fallo dé.

VI

No tardó el Rey Don Enrique
 en conocer la tragedia
 que arrebató en flor la vida
 á Doña Clara de Herrera,
 y queriendo de su celo
 en todas partes dar muestra,
 corrió á juzgar por sí mismo
 á un miembro de la nobleza
 que manchó su nombre y fama
 de tan criminal manera.
 Arribó, tras breves días,
 á la ciudad cordobesa,

y abierto, al punto, el juicio,
 que abonaba su presencia,
 examinados despacio
 los testigos y las pruebas,
 no habiendo duda ni sombra
 que empañara la inocencia
 de la infeliz Doña Clara,
 y visto que si fué muerta
 por el Conde su marido
 éste fué víctima ciega
 de los celos, avivados
 por artes de una hechicera,
 vengando así su deshonra
 que, aunque en sueños, miró cierta;
 presentes los acusados,
 dictó el Monarca sentencia.
 A la morisca, culpada
 de practicar magia negra,
 siendo la causa del crimen,
 se la condenó á la hoguera.
 Y al Conde le dijo el Rey.
 —Vuestra esposa fué mal muerta,
 en castigo de tal culpa
 hundiréis vuestra vivienda
 y allanando los escombros
 se alzará, á vuestras expensas
 en el solar una torre,
 tan robusta como bella,
 y será mudo testigo
 que á las gentes venideras
 contará vuestras desdichas
 pregonando mi clemencia.

Y para que unidos vayan
 estos sucesos á ella,
 se llamará desde ahora
 la TORRE DE LA MALMUERTA (3).



La Piedra Escrita.

Es una curiosa historia:
 tan sólo nos queda de ella
 una confusa memoria,
 un cerro junto al Marbella
 y una inscripción mortuoria.
 Ya veinte siglos lejana
 va la fecha de mi cuento,
 cuando, frente á Baniána,
 el cerro prestaba asiento
 á la *Iponombia* romana.
 Octavio el mundo regia,